

Literatura, mujer y tecnología

MARCELA DEL RÍO

La realización de esta Mesa Redonda en la Feria del Libro, a unos días de que la Academia Sueca decidió otorgar el codiciado Premio Nobel de Literatura a Doris May Tayler, cuyo status de mujer casada transformó su nombre en el de Doris Lessing, ciudadana británica, aunque nació en Persia, actualmente Irán, me parece extraordinariamente oportuna, especialmente porque entre la casi cincuentena de obras que alcanza su producción literaria unas han sido alabadas por su gran dosis de feminismo y otras menospreciadas por haber sido escritas dentro del género de la ciencia ficción.

Relacionar la literatura, la mujer y la tecnología implica crear tres diferentes puentes entre los enunciados, dos de ellos de relación parcial y sólo el tercero, de relación total. El primer puente, podría llamarse: "La Mujer en la Literatura", el segundo, "La Mujer en la Tecnología", y el tercero: "La Tecnología en la Literatura de la Mujer". Un ensayo sobre estos tres puentes requeriría mucho más que una Mesa Redonda, sin embargo, este encuentro propicia un breve bosquejo de lo que constituiría el susodicho ensayo.

El primer puente conduciría a una revisión histórica sobre la producción literaria de la mujer en los diferentes siglos, comprobándose, como lo han hecho ya muchas investi-

gaciones de profesionales de la historia literaria y de la crítica, que la marginación y la carencia de oportunidades de estudio que ha sufrido la mujer en el curso de los siglos en todas las civilizaciones, salvo casos excepcionales como el de Juana de Asbaje, no permitió que la mujer pudiera escribir y publicar profesionalmente sino hasta el siglo xx. Y de entonces a la fecha, la lucha de la mujer por estudiar, escribir, publicar, ser reconocida e incluida en los estudios literarios, sigue siendo parte de una guerra contra la marginación. Aún hoy, por ejemplo, no aparecen en las historias de la literatura mexicana movimientos literarios femeninos, como el del Ateneo de Mujeres Mexicanas, que funcionó desde el año 1934, hasta la década de los 50s, con sede fija, reglamento, sesiones regulares y organización de eventos tales como conferencias, programas radiales, fundación de una revista, una editorial y una universidad femenina, en la que estudiamos, por ejemplo, María Luisa la China Mendoza y yo misma.

Si revisamos el número de mujeres que han ganado el Premio Nobel en el siglo xx, en literatura, podemos comprobar el desequilibrio absoluto que hay entre ambos géneros. Al centenar de nombres masculinos, sólo se añaden ocho nombres femeninos: Selma Lagerlöf (Suecia-1909), Grazia Deledda (Italia-1926), Sigrid Undset (Noruega-1928), Pearl S. Buck (Estados Unidos, 1938), Gabriela Mistral (Chile-1945), Nelly Sachs (Alemania-1966), Nadine Gordimer (Sudáfrica-1991) y Toni Morrison (Estados Unidos-1993). De las

ocho, sólo una premiada de habla hispana, Gabriela Mistral, y una de raza negra, la norteamericana Toni Morrison. Con el premio a Doris May Tayler-Lessing, ella se convierte en la primera mujer ganadora de la preseña en el siglo XXI.

El segundo puente sería el de la Mujer en la Tecnología. Difícil es disociar la ciencia pura, de la tecnología, que no es sino la aplicación de la ciencia, por ello, este puente va a depender del número de mujeres que hayan incursionado en las carreras científicas. Sobre este tema hay también muy poca información. Es preciso buscar y rebuscar los datos perdidos en estudios estadísticos de las universidades, para encontrar el número de mujeres inscritas en carreras científicas o tecnológicas para dar con algunos nombres femeninos que se hayan destacado en una u otra disciplina.

La enseñanza de la ciencia y la tecnología, desde las épocas primitivas, tal como la de los aztecas en México, y la de otras civilizaciones, siempre se enfocó hacia los niños y jóvenes de sexo masculino. Y aunque las mujeres criollas de la Nueva

España se interesaron por el estudio de la teología, las matemáticas y la astronomía, pocos son los nombres de las científicas que han llegado a nuestros días, uno de ellos, es el de una matemática, Francisca González Castillo, autora del libro Efe- mérides calculadas al meridiano de México para el año de 1757. Aún en los siglos posteriores a la Independencia, los programas de estudio en las escuelas primarias eran diferentes para los hombres que para las mujeres. En el Porfiriato las únicas mujeres que estudiaban carreras científicas, en porcentaje muy menor al de los hombres, estaban inscritas en cuatro disciplinas: enfermería (llegaron a nuestros días sólo 10 expedientes), medicina (2), odontología (2) y en veterinaria (1 expediente). No es sino hasta la Revolución, cuando la Universidad Nacional de México rompe con los lineamientos de la Real y Pontificia Universidad de México, dando un acceso más amplio a la mujer en la educación superior. A partir de la tercera década del siglo XX es cuando empiezan a ascender las estadísticas de mujeres dedicadas a la ciencia y a la



Marcela del Río

tecnología. Aún recuerdo el escándalo que se suscitó en México entre 1949 y 1950 cuando Eulalia Guzmán, la primera arqueóloga mexicana titulada, dictaminó que los restos humanos que le habían pedido analizar, eran de Cuauh-témoc. ¿Cómo iba a ser una mujer, la que hiciera tan importante revelación? La arqueóloga no sólo sufrió el descrédito y la burla de sus colegas, sino que fue condenada prácticamente al ostracismo.

Si se reúnen las cuatro disciplinas científicas en las que se ha adjudicado el premio Nóbel a una mujer: física, química, fisiología y medicina, el número de nombres femeninos de la innumerable lista de hombres de ciencia que lo han recibido, sólo llega a una docena. La breve lista de mujeres la encabeza, sin embargo, una mujer extraordinaria que recibió dos veces la ambicionada presea: Marya Saloméa Sklodowska Boguska, una joven nacida el 7 de noviembre de 1867 en una Varsovia ocupada por la Rusia zarista, que dejó su puesto de institutriz en Polonia, para irse de estudiante de química y física a la universidad de la Sorbona en París. Su padre, profesor de física y matemáticas, le enviaba desde Varsovia pequeñas sumas de dinero para su supervivencia.

En 1894 ya con el nombre francés de Marie, conoció a Pierre Curie, de treinta y cinco años quien, al igual que ella, era un apasionado de la investigación científica. Desde su primer encuentro en un laboratorio simpatizaron. Poco más de un año después contrajeron matrimonio. A los dos años nació su primera hija, Irene.

El mes de julio de 1898, los esposos Curie pudieron anunciar el descubrimiento de un nuevo elemento al que Marie le dio el nombre de polonio en recuerdo de su amada Polonia. En diciembre del mismo año revelaron la existencia de un segundo elemento químico nuevo al que bautizaron con el nombre de radio, de enorme radiactividad.

A pesar de sus éxitos profesionales, la condición en que trabajaban era precaria. En 1898, Pierre se presentó como candidato para ocupar la cátedra de química en la Sorbona, pero no la obtuvo sino hasta seis años después, sin embargo Marie

no pudo conseguir otra cosa que un puesto de profesora en un colegio de señoritas cerca de Versalles. No obstante, ellos siguieron trabajando y publicando juntos sus descubrimientos.

En noviembre de 1903, el Instituto Real de Inglaterra les confiere a ambos una de sus más distinguidas condecoraciones: la Medalla de Davy, y el 10 de diciembre del mismo año, la Academia de Ciencias de Estocolmo anuncia que el Premio Nóbel de Física se dividiría entre Antoine Henri Becquerel y los esposos Curie, por sus descubrimientos relacionados con la radiactividad.

El 6 de diciembre de 1904 nació otra hija, Ève, quien relata que:

Hacia las dos y media de la tarde del jueves 19 de abril de 1906, un día opaco y lluvioso, Pierre se despidió de los profesores de la Facultad de Ciencias, con quienes había almorzado, y salió bajo la lluvia. Al atravesar la calle Dauphine, pasó distraído detrás de un coche de caballos y se interpuso en el camino de un pesado carro que, tirado por un caballo, avanzaba con rapidez.[...] la rueda izquierda trasera pasó por encima de Pierre. La policía recogió un cuerpo aún cálido del cual acababa de escaparse la vida.

Marie rechazó la pensión que le ofreció el gobierno francés diciendo que aún era joven y que era capaz de ganarse la vida. Menos de un mes después, el 13 de mayo, el Consejo de la Facultad de Ciencias, por decisión unánime, le otorgó la cátedra que había desempeñado su esposo en la Sorbona. Era ésta la primera vez que se concedía tan alta posición en la enseñanza universitaria de Francia, a una mujer.

Su fama creció aceleradamente. Ella continuó sus trabajos de investigación, y cinco años después, en 1911, Suecia le concedió el Premio Nóbel de Química. Debían pasar más de cincuenta años para que otra persona obtuviera un Premio Nóbel por segunda vez.

Pero su investigación sobre el Radio, tuvo también otra consecuencia: trastornos de la sangre, y algunas quemaduras dolorosas en las manos, a los que no dio importancia y que precipitaron su fallecimiento. El 6 de julio de 1934, se le ente-

rraba sin discursos ni desfiles, ni la presencia de ningún político o funcionario público, Marie Sklodowska-Curie fue enterrada en el cementerio de Sceaux, en una tumba inmediata a la de Pierre Curie.

Pero su trayectoria científica no murió con ella. Su hija Irene habría de continuarla. Casada Irene con otro científico: Frédéric Joliot-Curie, y enfrascados ambos en el estudio de la estructura del átomo y de la física nuclear, al demostrar la existencia del neutrón y de la radiactividad artificial, les fue concedido también el preciado Nobel, a un año apenas del fallecimiento de su madre. Irene fue nombrada al año siguiente, Subsecretaria de Estado de Francia para la investigación científica.

Hoy en día que la mujer se destaca cada vez más en la ciencia y la tecnología, sirven de ejemplo científicas como la astrónoma norteamericana, María Mitchell, descubridora de cometas, primera mujer miembro de la American Academy of Arts and Sciences, en Estados Unidos, vencedora de los prejuicios de quienes querían cerrarle sus puertas; también, Ada Lovelace, quien desarrolló un sistema binario de computación que sería empleado para los sistemas cibernéticos. Este siglo comienza a ver en sus estadísticas el número de mujeres dedicadas a distintas disciplinas científicas.

Llego así al tercer puente, el de la tecnología en la literatura de la mujer. El género literario en que se da naturalmente esta temática, obviamente, es en el de la llamada "ciencia-ficción" o ficción científica. A los numerosísimos autores masculinos que han cultivado este género se suman sólo unos cuantos nombres de autoras que en el mundo han sido.

La lista de ellas la encabeza hoy por hoy, como lo dije al inicio, quien acaba de ganar el Premio Nobel de Literatura, Doris May Tayler, cuyo seudónimo se lo otorga su status de casada: Doris Lessing ¿hasta cuando se respetará en el mundo el derecho de la mujer a mantener su propio nombre? En fin, Doris M. Tayler, fue hija de un oficial del ejército británico que resultó herido durante la Gran Guerra, y nació el 22 de octubre de 1919 en Kermanshah, Persia, su infancia pasa en

Rhodesia, una colonia inglesa en África que hoy se llama Zimbabwe. El autoritarismo de su madre la lleva a independizarse a temprana edad, suspendiendo sus estudios formales, aunque siguiéndolos de manera autodidacta. Consigue un trabajo de auxiliar en una clínica primero, y comienza a escribir relatos de fantasmas. Vende algunos a revistas sudafricanas, firmando como Doris M. Tayler y a los 18 años se traslada a la capital, llamada entonces Salisbury, (hoy Harare), donde se emplea como telefonista. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial se casa con Frank Wisdom, con quien procrea un hijo y una hija, pero el matrimonio no resulta y en 1943 se divorcia e ingresa a un grupo comunista. Un año después vuelve a casarse, esta vez con Gottfried Lessing, con quien tiene otro hijo. En 1950 publica su novela: Vencida por la sabana, ya bajo el nombre de Doris Lessing, pero su verdadera carrera como escritora da comienzo cuando se traslada a Londres, en 1955, donde publica su novela Canta la hierba. Su literatura desde entonces es muy comprometida, a pesar de que desde el stalinismo de los años cincuenta pierde sus ideales comunistas. Se ha dicho que es su experiencia africana de la infancia y sus desengaños políticos y sociales los que han inspirado la temática de sus novelas, en las que denuncia las injusticias raciales, la marginación entre razas y sexos y la contradicción entre conciencia individual y bien colectivo. Su novela El cuaderno dorado la colocó como representante de las reivindicaciones feministas. Después de que desde 1956 se le había prohibido entrar a África del Sur, en 1995 vuelve al país que ahora la recibe con homenajes después de haberle cerrado sus puertas hacía cuarenta años. Ahora, después de anunciada la distinción del Premio Nobel lloverán los reconocimientos para ella, sin embargo, no todo el mundo ha recibido con beneplácito la noticia; el crítico literario estadounidense Harold Bloom, por ejemplo, aunque considera la decisión de la Academia Sueca como "políticamente correcta", añade: "Aunque la señora Lessing al comienzo de su carrera tuvo algunas cualidades admirables, encuentro que su trabajo en los últimos 15 años es un ladrillo... ciencia ficción de cuarta categoría". Lo que obliga a preguntarse: ¿No se repite el fenómeno de Eulalia

Guzmán? ¿La negación de las cualidades y valores de la obra producida por una mujer, sin argumentación seria, y sólo por discriminación?

Ya en el tema preciso de este tercer puente, el de la ficción científica en la literatura de la mujer, deseo referirme a un estudio de Francisco Calzada Jáuregui y Rafael Duarte Pereda, titulado “Novelistas, clarividentes y la época del espacio”¹ en el que los críticos citan sólo a cuatro autoras de ciencia ficción, Por supuesto, a la primera mujer que lo cultivó: la inglesa Mary Shelley, cuyo nombre original era Mary Wollstonecraft Godwin, creadora del famoso personaje de Frankenstein, en el siglo XIX.

Mary Godwin es la primera hija del famoso anarquista, filósofo, escritor y periodista William Godwin. Cuando Mary nace, el 30 de agosto de 1797, en Londres, su madre muere de fiebre puerperal y aunque el padre vuelve a contraer nupcias, ella siempre queda apegada sólo a él, debido a que las relaciones con su madrastra nunca fueron buenas. Su padre fue el único profesor que tuvo Mary, pues ella no asistió jamás a una escuela, y Godwin le daba plena libertad para leer su biblioteca. Percy Shelley, visitaba con frecuencia a su amigo Godwin y pasaba en su casa largas veladas, ya que las relaciones con su propia esposa estaban deterioradas. Percy encuentra en Mary además de una agradable compañía una interlocutora inteligente; ella, como su padre se había convertido en revolucionaria y amante de las letras, cualidades de las que su esposa carecía. Las visitas de Percy a Godwin se hacen recurrentes, hasta que la relación entre Mary y Percy se vuelve amorosa. Cuando Godwin lo descubre le prohíbe a su hija la relación. Mary intenta obedecer a su padre, pero Percy no soporta la separación y trata de suicidarse. Como resultado Mary decide desobedecer a su padre y escapa con Percy a Francia, llevándose con ellos a su hermanastra. Pero la relación entre Mary y Percy se ve pronto afectada por el gusto de Percy en sostener libres relaciones sexuales con otras mujeres. Al volver a Inglaterra en 1816, la pareja se encuentra con que la esposa de Percy se ha suicidado, por lo que ahora nada impide su casamiento, el cual

verifican con la venia de Godwin, a pesar de las turbulencias sexuales que vive Mary al lado de Percy. Al año siguiente, 1817, Mary termina de escribir su famosa novela Frankenstein.

El segundo nombre que aparece en el estudio de los críticos citados, proviene del bloque socialista ya del siglo XX. Se trata de Valentina Nikolaevna Zhuravliova, autora de La piedra sideral. Poco se sabe de ella, aunque es de suponerse que las conversaciones con su esposo, el científico y profesor en una universidad de Leningrado, hoy San Petersburgo, el doctor Genrikh Saulovich Altshuller, pudieron haber influido en el gusto de la escritora por la ficción científica.

De entre los autores del “boom” de la ciencia-ficción en los años de 1950 al 1957, los críticos citan a Judith Merrill, seudónimo de Judith Josephine Grossman, quien nace el 21 de enero de 1923 en Boston y quien, en 1948, publica su primer relato de ficción científica. Su condición de judía comunista le hace difícil la vida en Nueva York durante el macartismo, así que después de varios fracasos amorosos, emigra con su hija a Toronto, donde encuentra acomodo en el Rochdale College. Pronto sus publicaciones, cursos y actividades académicas y políticas en contra del militarismo son reconocidas y termina por ser llamada la “pequeña madre de la Ciencia-Ficción.” Fallece como ciudadana canadiense, en Toronto, el 12 de septiembre de 1997.

Sobre la cuarta y última autora, que corresponde a los años entre 1966 a 1980, los críticos del mencionado ensayo la sitúan en México, y prefiero citar sus palabras textuales ya que la autora de la novela que citan no es la que ellos dicen:

“También una mexicana ha escrito CF [Ciencia-Ficción]: Emma Godoy, cuya novela Proceso a Faubritten fue prologada nada menos que por Ray Bradbury”.

Sólo que esa autora no es Emma Godoy, sino yo misma, y efectivamente, Ray Bradbury prologó mi novela Proceso a Faubritten que publicó la editorial Aguilar en 1976.

Por ahí se ve que en los estudios críticos y en las historias literarias, ni estamos todas las que somos, ni somos todas las que estamos. Muchas gracias. 📖

¹ En la revista Ciencia-Ficción I, publicada por la Comunidad CONACYT Año VII, núms. 128-129. (Agosto-septiembre, 1981): 52-63.